

## Por los caminos.

Mis pensamientos vagan por la bóveda estrellada.

De pronto me encuentro en una ciudad cullas cúpulas le dan un aspecto típicamente oriental. En un monte cercano, hay dos cruces, y por un camino, vacilante y maltrecho va el divino crucificado llevando el instrumento del que se valdrá para salvarnos, la tercera cruz. El polvo del camino se adhiere a sus flageladas carnes; el sol le quema despiadadamente pero, ni los azotes recibidos, ni el dolor que le causan los rayos del sol se pueden comparar con los sufrimientos que Cristo siente en lo más íntimo de su corazón al oír los insultos de los hombres que así lo redime. En sus reseco labios no hay una palabra de queja sino de amor a los hombres: "Padre, perdónalos que no saben lo que hacen".

¡Ja llega a su fin el camino! ¡Ja va a principiar el divino sacrificio! Cristo sigue imperturbable. Sus divinas plantas pisan por última vez aquel camino de sacrificio y de dolor, aquel camino donde había dado la felicidad a los infelices, la vista a los ciegos, la salud a los enfermos; ahora lo recorrerá de nuevo sembrando la salvación del mundo por medio de su santo sacrificio.

Bruscamente me alejo de aquel lugar para ir hacia los caminos de Austria sembrados de un mágico tapiz de violetas, rosas y margaritas; la leve brisa que rítmicamente las balancea parece hacerlas entonar un vals que oyeran de la dulce voz de un joven, rubio y pálido que supo poner en sus composiciones el alma de Viena.

Y al alejarme poco a poco de aquel camino que sirvió para inspirarse al célebre Strauss. El eco dulce y suave de la melodía vienesa me persigue con inusitado afán.

Pero esta vez mis pensamientos me muestran como camino el mar en medio de él, una navecita llevando a un hombre pequeño de nariz aguileña y tricornio. Es Napoleón, que ve en las tempestuosas aguas del Atlántico desvanecerse los sueños que un día creyó realidad.

Esta vez el camino por donde el va no es portador de la guerra y el dolor sino de paz, de una paz que destruirá al despota que vio caer bajo sus infernales plantas países y hombres de Europa.

Y ahora frente a mí hay un camino en que multitudes de seres van por él son los habitantes de pueblos pequeños, que nodian la guerra, y, que sin embargo han caído en ella. Sus pies se dirigen hacia una parte-ellos no saben cual es- donde el cañon no truene donde no haya plor a sangre, donde se encuentre la libertad, donde las pasiones no consuman a los hombres, donde el acero no brille, donde los hombres hayan oído las palabras de Cristo: "Amaos los unos a los otros".